



## Notas sobre el lugar de la propuesta epistemológica deleuziana

Fernando M. Gallego (UBA/CONICET)

fernandomartingallego@yahoo.com.ar

### Dos hipótesis sobre el lugar de la epistemología deleuziana.

La consideración del conjunto de malentendidos que los estudios orientados a dar cuenta de la epistemología deleuziana no cesan de reproducir, tiende a arrojar un resultado desolador: dichos estudios parecieran mostrarse más preocupados en *reconocer* en G. Deleuze un posmoderno<sup>1</sup>, un filósofo continental<sup>2</sup>, un heideggeriano, un cognitivista o un cripto-hegeliano<sup>3</sup> que en intentar determinar la singularidad de su proyecto. Al respecto, una situación tal impone, como mínimo, la necesidad de profundizar en el estudio del tratamiento deleuziano de lo científico y, en primer término, de precisar la filiación filosófica que puede serle asignada a su propuesta epistemológica. En lo que respecta a la segunda de estas cuestiones –que condensa la parte más importante del objeto del presente artículo, la totalidad de las líneas que siguen pueden ser consideradas como estrechamente vinculadas con dos grandes hipótesis que podría permitir dar cuenta del lugar que cabe asignar, al interior del campo de los estudios filosóficos sobre ciencia, a la propuesta epistemológica deleuziana: en primer término que, a lo largo del siglo pasado, la actividad de la filosofía de la ciencia ha venido desarrollándose de manera relativamente segmentada; que existe en materia epistemológica un conjunto de tradiciones de investigación evidentemente diversas entre sí; que la filosofía de la ciencia no es un problema exclusivamente anglosajón; en definitiva, que existen no una, tampoco dos, sino tres grandes corrientes de investigación epistemológica (*i.e.*, la anglosajona, la alemana y la francesa) que pueden ser distinguidas entre sí en virtud de cinco rasgos generales: primero, la perspectiva que vienen a adoptar a la hora de concebir lo científico (*modelo*); segundo, la manera en que tienden a considerar el funcionamiento de la ciencia (*función*); tercero, la naturaleza que atribuyen a lo científico (*esencia*); cuarto, el dominio o elemento problemático en que tienden a emplazar la cuestión científica (*medio*); por último, la manera en que parecieran determinar filosóficamente el problema de la ciencia (*peligro*).

Remitida a este conjunto de rasgos, la *tradición anglosajona* pareciera encontrar el modelo de su pensamiento de la ciencia en la cuestión *cognitiva* de forma tal que la propia cuestión científica tiende a coincidir con el problema de lo cierto y de la fundamentación de lo cierto y que, en el concepto de lo científico, lo *teórico*, la *theoresis*, viene a primar sobre lo práctico y lo poético. En este escenario, la parte más importante del funcionamiento de la ciencia gira en torno a la cuestión de la posibilidad del acto de la *representación* y su dinámica viene a identificarse con el movimiento de la *reconocimiento* a un punto tal que la *referencia* no puede sino constituirse en la categoría epistemológicamente dominante. Correlativamente, la asimilación de la ciencia a aquello que se dice, esto es, a un cierto tipo de *lenguaje*,

<sup>1</sup> SOKAL, A. y BRICMONT, J.: *Imposturas intelectuales*, trad. Joan Carles Guix Vilaplana, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 157-168 y 181-199.

<sup>2</sup> GUTTING, G.: "Introduction: What is Continental Philosophy of Science?" en GUTTING, G. (ed.): *Continental Philosophy of Science*, Oxford, Blackwell Publishing, 2005, pp. 1-16.

<sup>3</sup> ŽIŽEK, S.: *Órganos sin cuerpo. Sobre Deleuze y consecuencias*, trad. Antonio Gimeno Cuspiner, Valencia, Pre-textos, 2006, pp. 133-171.

conduce a suponer que el principal problema científico reside en la determinación del conjunto de condiciones que permiten legitimar la consideración de una cierta opinión en tanto que opinión verdadera. Entendido en función de esta última condición, el medio o elemento de la concepción anglosajona de la ciencia no es otro que la *opinión*, el “prospecto”, la información, esto es, el dominio de todo aquello que puede ser dicho en tanto que presuntamente *verdadero*. Dispuesto ante este elemento, el problema del conocimiento científico se plantea, ante todo, en términos formales, la forma de la cognición científica resulta asimilada a la *proposición* lógica y la dimensión negativa de su cuestión tiende a quedar sobre-determinada en términos de *riesgo de estafa*, esto es, en tanto que tendencia a hacer pasar por categórico, lo hipotético, por confirmado, lo conjetural y, ante todo, por justificadamente verdadero algo bien falso, bien falsamente fundamentado. Así, el vocacional ejercicio anglosajón de una *apología* del valor de lo científico resulta necesariamente acompañado de un cierto compromiso filosófico con la tarea de *distinguir* aquello que legítimamente puede ser considerado en tanto que ciencia de todo ese conjunto de instancias del saber que desconocen la preeminencia y la importancia de su valor: la religión, la metafísica y, en definitiva, el irracionalismo y el relativismo.

Por su parte, la *tradición epistemológica alemana* tiende a emplazar el modelo de lo científico en lo *técnico*, a asignar -al interior del concepto de ciencia- un cierto primado al elemento *práctico*, a la *praxis*, y a asimilar el problema de la científicidad con la doble cuestión de lo dado y de la fundación de lo dado. En este sentido, la función de la ciencia parece coincidir con una cierta actividad de *manipulación* que conduce a considerar la noción de *intencionalidad* como la categoría más adecuada al pensamiento de lo científico y, correlativamente, a la idea de *aplicación* como aquella noción capaz de precisar la esencia de su movimiento. Entendida bajo esta condición, la ciencia se presenta ante todo como algo que se hace, esto es, como una *actividad* cuyo problema no reside sino en la opacidad del *sentido* de la tarea que emprende. Paralelamente, la materia del producto de lo científico pareciera residir en la experiencia, en la *vivencia* y la forma de su proceso, en el despliegue o la constitución de una cierta *comprensión* del mundo. En este contexto, la cuestión del conocimiento científico tiende a ser formulada primariamente en términos intencionales -o de interés- lo que conducen a la filosofía de la ciencia, por una parte, a expresar la dimensión negativa de esa misma cuestión bajo la forma de la *amenaza de destrucción* y, por otra, a concebir su propia función, en tanto que ejercicio de una cierta *denuncia* de la falta de sentido, del olvido del ser, de la tendencia hacia la mera objetivación y mecanización de la vida y, en el límite, de la complicidad con un sistema social en que la actividad científica tiende a precipitarse cuando se la deja librada a sus propias capacidades.

En último término, la *tradición francesa* pareciera abordar la cuestión de la concepción de lo científico tomando como punto de referencia y modelo al *arte*. De esta manera, en el concepto de ciencia, lo *poiético* prima sobre lo teórico y lo práctico y la propia cuestión científica viene a coincidir con el problema de lo *nuevo* y de la innovación de lo nuevo. Entendida en este sentido, la función de la ciencia no es otra que la *creación*, su movimiento, una *invención* y la categoría que expresa el mayor grado de afinidad entre el pensamiento filosófico y aquello que aún vale la pena pensar en lo científico, el *problema*. Más aún, considerada en sí misma, la propia ciencia viene a presentarse como una cuestión de concepción, como un cierto tipo de *pensamiento* que conduce directa y necesariamente hacia el planteo de la pregunta por la banalidad o la *importancia* del concepto o la idea puestos en juego en una cierta creación científica. Paralelamente, la materia del producto científico tiende a confundirse con la *función* y la forma de su proceso con las *matemáticas*; todo esto en un contexto en el cual la propia cognición científica resulta concebida en términos relacionales a un grado tal que el matiz negativo del problema de la ciencia resulta

asimilado a la *promoción de la estupidez*, de la idiotez, de la banalidad por sobre la importancia y el rol de la filosofía de la ciencia parece coincidir con el ejercicio de una cierta *selección* orientada, no tanto a distinguir lo científico respecto de su otro como a desrealizar la opinión, la ideología, la representación, el poder en tanto que modalidades bajas de la cognición.

La segunda hipótesis de la que pareciera depender el presente escrito puede ser entendida como una suerte de prolongación o profundización de la distinción que supone la primera. De manera similar a como ocurre en las tradiciones anglosajona<sup>4</sup> y alemana<sup>5</sup>, tampoco la filosofía de la ciencia francesa constituye un bloque homogéneo sino que puede ser caracterizada como distribuida en torno a tres grandes corrientes: primero, la variante *empirista* iniciada por H. Poincaré y P. Duhem que, en buena parte de los manuales de filosofía de la ciencia, termina siendo rápidamente reconducida hacia el positivismo lógico anglosajón pero que bien podría ser entendida como la condición material del desarrollo posteriormente realizado por dos discípulos de L. Brunschvicg (J. Cavailles y A. Lautman) cuya muerte prematura coincide, en cierta forma, con el ocaso de las investigaciones formalistas francesas. En esta primera variante, la filosofía de la ciencia toma por *materia* de estudio el conjunto de los productos (conocimientos) y los métodos (procedimientos) de la ciencia, se aproxima a lo científico desde una *perspectiva* gnoseológica, concibe su propia *actividad* en términos de culminación o realización del conocimiento de la ciencia y entiende la *modalidad* de su ejercicio en tanto que despliegue de una cierta meta-reflexión.

La segunda gran variante epistemológica francesa es la corriente *criticista* derivada de E. Boutroux, L. Brunschvicg y continuada por G. Bachelard y G. Canguilhem la cual, a partir de finales de la década del sesenta, se escinde por un lado hacia M. Foucault y, por otro, hacia L. Althusser y el conjunto de los miembros del "Curso de filosofía para científicos" (M. Pécheux, M. Fichant, A. Badiou, etc.). Esta segunda corriente encuentra su *materia* de estudio en el despliegue de la actividad del pensamiento científico, adopta una *perspectiva* histórica, concibe la *actividad* de la filosofía de la ciencia en términos de determinación de las condiciones de posibilidad de la emergencia de un cierto saber científico y viene a asimilar la *modalidad* de su propia tarea con el ejercicio de una crítica del pensamiento de la ciencia, esto es, con la tarea de precisar el conjunto de razones históricas -pero también económicas, sociales y políticas- que han venido a hacer posible que la ciencia piense como ha pensado.

La tercera y última gran corriente francesa es la variante *ontológica* que remite a la obra de H. Bergson, se despliega a lo largo de las enseñanzas de É. Le Roy y se reactiva, décadas después, en la obra de G. Deleuze. Considerada en términos generales, esta última tendencia adopta una *perspectiva* metafísica que emplaza la *materia* de sus investigaciones en torno a la consideración de la imagen científica de la realidad, tiene por *actividad* complementar la ontología científica con una ontología propiamente filosófica capaz de disponerse a la altura de sus investigaciones y tiende

---

<sup>4</sup> En una primera aproximación, sin dudas muy esquemática, resulta posible distinguir, cuanto menos, seis grandes corrientes al interior de aquello que denominamos *tradición epistemológica anglosajona*: el positivismo lógico (en sus dos vertientes, el Círculo de Viena y el Círculo de Berlín), el racionalismo crítico (Popper), la filosofía historicista (Lakatos, Kuhn, Feyerabend, Hanson, Laudan), el pragmatismo norteamericano (Pierce), la epistemología naturalizada (Quine, Giere, Kitcher), y el nuevo formalismo (en sus dos variantes, la concepción semántica de Suppes, Suppe, van Fraassen y la concepción estructuralista de Sneed, Stegmüller, Moulines).

<sup>5</sup> La *tradición epistemológica alemana* pareciera encontrarse distribuida a lo largo de cinco grandes corrientes: el neokantismo de las Escuelas de Marburgo (Cassirer) y de Baden (Rickert), el historicismo (Dilthey), la fenomenología (Husserl), la hermenéutica (Heidegger, Gadamer) y la teoría crítica (Horkheimer, Adorno, Marcuse, Habermas).

a hacer coincidir la *modalidad* de su tarea con la elaboración de un concepto de lo científico que permita dar cuenta de la verdadera novedad de la ciencia moderna.

### **Geofilosofía y epistemología deleuziana.**

Las dos hipótesis enunciadas con anterioridad puede que resulten incómodas, no sólo por la generalidad de las afirmaciones que implican sino, ante todo, por el estado de segmentación que tienden a atribuir al campo de los estudios filosóficos sobre ciencia en tanto dicha atribución resulta -en buena parte- contraria a las expectativas, las ilusiones y las aspiraciones que, desde hace ya algunos años, han tendido a enraizarse en el campo de la investigación filosófica. En efecto, existe en la actualidad de la práctica filosófica un cierto espíritu cosmopolita, ecléctico y, en el fondo, profundamente liberal que prefiere evitarse la tarea de atender a la serie de profundas segmentaciones que atraviesan el dominio del pensar filosófico contemporáneo y tiende a conformarse con imaginar a la filosofía como una suerte de actividad profesional, agenciada por conciencias incondicionadas, que poca o ninguna relación tienen con cuestiones de índole territorial. Remitida entonces a estas expectativas, ilusiones y aspiraciones, la propia filosofía tiende a olvidar muy rápidamente de dónde, a lo largo de las últimas centurias, ha venido a extraer su actividad la fuente central de su financiamiento o, lo que es lo mismo, que el filósofo moderno es, en buena parte del mundo, antes que un provocativo *pop star*, un mercader de los medios de comunicación o el agente visionario de un cierto *think tank*, un profesor y, bajo esa condición, un funcionario del Estado.<sup>6</sup>

Dispuestos frente a esta situación, dirigir la atención hacia esta singular determinación de la práctica filosófica -que es, a la vez, sociológica, económica, histórica y política- tiende a tornar casi imposible no creer que, dada la importancia estratégica que la propia cuestión científica ha ido adquiriendo progresivamente a lo largo de los últimos ciento cincuenta años,<sup>7</sup> la actividad de la filosofía de la ciencia deba ser considerada -sino en sus fines, cuanto menos sí en sus condiciones- como estrechamente vinculada a un cierto conjunto de cuestiones de índole territorial -y, en el límite, estatal-nacionalitaria- que sirven de base para la especificación de la diferencia de espíritu que existe entre sus diversas tradiciones de investigación. Para

---

<sup>6</sup> Reterritorializada la filosofía en el estado de derecho, el filósofo se vuelve profesor de filosofía (DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, p. 107).

<sup>7</sup> Un proceso tal se inicia, durante el siglo XIX, en la constitución de un Estado social que se apodera de la ciencia en tanto que bien público y la dispone decididamente al servicio de la construcción de una gobernabilidad eficaz de las poblaciones (PESTRE, D.: *Ciencia, dinero y política. Ensayo de interpretación*, trad. Ricardo Figueira, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005, p. 46), se prolonga según el modelo de la progresiva constitución de algo tal como un sector a la vez industrial, tecnocientífico y estatal-nacional en la movilización a gran escala de los recursos científico-tecnológicos en función de las dos Grandes Guerras y de la subsecuente reestructuración bipolar del espacio geopolítico global (*Ibid*, p. 66) y se consagra definitivamente en un entorno globalizado en el cual las competencias científico-tecnológicas devienen verdaderos recursos estratégicos, cada vez más privatizados y mercantilmente controlados (*Ibid*, p. 96). En este contexto, si se toma en cuenta, por una parte, que la invención de "la ciencia" en tanto que categoría general puede ser localizada a mediados del siglo XIX (*Ibid*, p. 60) y, correlativamente, que la emergencia de la propia filosofía de la ciencia viene a acompañar el despliegue del citado proceso, en general, a lo largo del siglo XIX, con la expansión del positivismo clásico comteano y, en particular, en los inicios del siglo XX, de la mano de la fenomenología y el empirismo lógico, resulta cuanto menos difícil no suponer que la progresiva delimitación de sus principales cuestiones pueda ser entendida como liberada de cualquier tipo de condicionamiento estatal-nacionalitario.

decirlo rápidamente, asumir la investidura que la filosofía de la ciencia realiza respecto, por una parte, de la cuestión científica y, por otra, de las condiciones que permiten la financiación de su actividad o, lo que es lo mismo, de aquellas condiciones que vienen a hacer posible la reproducción de su investidura, parece conducir necesariamente a una situación en virtud de la cual resulta imposible desatender la existencia de una cierta diferencia en los problemas, las concepciones y los intereses que sientan las bases económicas, sociales y políticas para la descripción de la especificidad de las tres tradiciones antes mencionadas.

Desde esta perspectiva, hablar de tradiciones de investigación en filosofía de la ciencia no implica tanto suponer la existencia de un acervo común de saberes y sentidos originales u originarios y, correlativamente, de un destino prefigurado que viene a signar la actividad epistemológica, sino preocuparse por resaltar el hecho –en buena parte convergente con los análisis geofilosóficos desarrollados por G. Deleuze-<sup>8</sup> de que la propia filosofía de la ciencia no prolifera sino en virtud de un cierto ámbito o medio de vida estatal-nacionalitario -,y, en el límite, popular-<sup>9</sup> que no cesa de imponerle

---

<sup>8</sup> La geofilosofía deleuziana, que reconoce como su principal antecedente una cierta tentativa nietzscheana (DELEUZE, G.: *El Leibniz de Deleuze. Exasperación de la filosofía*, trad. Equipo Editorial Cactus, Buenos Aires, Editorial Cactus, 2006, pp. 284-285 y DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, p. 104), supone el ejercicio de un triple movimiento al interior de los estudios de historia de la filosofía: en primer lugar, la puesta en cuestión de la tarea orientada a precisar una razón analítica y necesaria del origen de la filosofía (DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, p. 95); en segundo lugar, el cuestionamiento de la concepción de la historia de la filosofía en términos de forma de interioridad del desarrollo del concepto (DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, p. 96); por último, la restitución de una cierta distancia y diferencia geográfica que permite dar cuenta de las verdaderas condiciones de la pluralidad del pensamiento filosófico. En este sentido, si el ejercicio del primer movimiento abre la posibilidad de comenzar a concebir la emergencia de la filosofía griega en tanto que efecto necesario derivado de un encuentro, en sí mismo, azaroso (*i.e.*, el encuentro del filósofo en tanto que tipo psicosocial con un medio de inmanencia que resulta indirectamente propicio para su actividad) y el segundo permite avanzar en la consideración de la novedad histórica de la filosofía en términos de verdadera renovación del pensamiento, esto es, no como despliegue de una cierta condición ya establecida pero aún no completamente determinada, el tercer movimiento no sólo conduce a reforzar el cuestionamiento de esa tendencia que conduce a atribuir la totalidad de lo pensado a los griegos (DELEUZE, G.: *op. cit.*, p. 284) sino también a posibilitar el estudio de la filosofía moderna en términos nacionales. De esta manera, si bien la geofilosofía deleuziana no tiene por objeto preferencial la determinación de las distancias nacionalitarias que parecen signar el estado actual de los estudios en materia de filosofía de la ciencia puede, sin embargo, ser considerada como su antecedente inmediato. Por lo demás, el esquema de la distinción nacionalitaria deleuziana pareciera suponer, cuanto menos, cinco condiciones (DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, pp. 105-107): primero, el personaje conceptual (cogito francés en tanto renta de la tierra, conciencia alemana en tanto instancia de la conquista del suelo y yo inglés en tanto contracción de una costumbre); segundo, la concepción del concepto (como razón desconocida en los franceses, como rabia conquistadora en los alemanes y como costumbre adquirida entre los ingleses); tercero, la tarea de la propia filosofía (construcción francesa que depende de la toma de un territorio, fundación alemana que desbroza y afirma un suelo y habitar inglés que planta una tienda); cuarto, la concepción del plano de inmanencia (en los franceses, como conocimiento que supone un territorio habitable a aprovechar, en los alemanes, como absoluto que encarna una tierra desconocida a reconquistar y en los ingleses, como archipiélago que se constituye en tanto que suelo móvil o campo de experimentación radical); por último, el devenir del mismo filósofo (profesor por contrato en Francia, profesor por institución en Alemania y profesor por convención en Inglaterra).

<sup>9</sup> La filosofía moderna se reterritorializa en el Estado nacional y en el espíritu del pueblo (DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, p. 104). Por lo demás, “[l]a locura de un pueblo y su filosofía son lo mismo” (DELEUZE, G.: *op. cit.*, p. 285).

sus propios rasgos, principalmente, en tanto que “verdaderas opiniones filosóficas”<sup>10</sup> y, en otras ocasiones -las menos pero también las más interesantes, en tanto que verdaderas promesas de un pueblo por venir. Así, las tradiciones de investigación aquí consideradas no suponen tanto un punto de llegada para la filosofía de la ciencia como la expresión de un cierto estado de estructuración de las condiciones que constituyen el elemento de su labor y que tienden a determinar una cierta distancia en las actitudes filosóficas ante la cuestión científica, aún cuando la parte mayor de los especialistas en epistemología no tiene mayores inconvenientes en desestimar dicho condicionamiento y promover, en su lugar, un cierto eclecticismo difuso que detrás del lema de la pluralidad (individual) de pensamiento oculta una maquinaria productora de consensos fundamentalmente orientada hacia el borramiento de la heterogeneidad que parece signar el conjunto de los problemas epistemológicos que hoy podrían ser planteados.

### Seis puntos que permiten singularizar la propuesta deleuziana

Como fuere, si bien consideradas en su conjunto las hipótesis antes mencionadas permiten dar cuenta de la precisa filiación que cabe asignar a la propuesta deleuziana, el emplazamiento que resulta de las mismas no tiende a constituirse sin despertar una nueva pregunta: cuáles son los rasgos que podrían permitirnos singularizar la propuesta epistemológica deleuziana en el marco general delimitado por la tradición epistemológica francesa o, lo que es lo mismo, qué conjunto de características permiten, de cara a la filosofía de la ciencia francesa, distinguir la aproximación deleuziana a la cuestión de la novedad, su compromiso con lo problemático, su comprensión de la ciencia en tanto que pensamiento, su matematismo, su caracterización del ejercicio de la selección epistemológica y, en último término, su consideración de las relaciones de la ciencia con la ontología.

**Novedad.** Atender al profundo ascendente que el pensamiento nietzscheano ha venido a ejercer sobre la elaboración de la concepción deleuziana de la novedad del pensamiento científico -una novedad que no puede envejecer porque no pasa en el tiempo,<sup>11</sup> permite precisar al otro gran exponente del pensamiento filosófico francés en función del cual resulta necesario determinar el primer gran rasgo que permite dar cuenta de la singularidad de la propuesta epistemológica de G. Deleuze al interior de la filosofía de la ciencia francesa: M. Foucault. En lo que respecta a esta primera dimensión, el punto de distanciamiento es simple: en G. Deleuze la noción de novedad de la ciencia no supone un problema historiográfico sino que encarna y expresa el efecto que la ontología ejerce sobre la historia y, en lo referente a cuestiones epistemológicas, la emergencia del propio ser de lo científico: en el pensamiento deleuziano, la novedad es la realización de la diferencia considerada en sí misma.<sup>12</sup> Bajo esta condición, la preocupación deleuziana por la novedad de la ciencia no se reduce a la necesidad de explicitar el conjunto de condiciones *a priori* que, aún cuando no escapan a la historicidad, permiten precisar la emergencia de algo nuevo en el

---

<sup>10</sup> La historia de la filosofía moderna está marcada por unos caracteres nacionales o, mejor dicho, nacionalitarios, que son como “opiniones” filosóficas (DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, p. 105).

<sup>11</sup> DELEUZE, G.: “Conclusiones sobre la voluntad de poder y el eterno retorno” en DELEUZE, G.: *La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas (1953-1974)*, trad. José Luis Pardo, Valencia, Pre-Textos, 2005, p. 164.

<sup>12</sup> DELEUZE, G.: “La concepción de la diferencia en Bergson” en DELEUZE, G.: *La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas (1953-1974)*, trad. José Luis Pardo, Valencia, Pre-Textos, 2005, p. 69.

dominio histórico de los saberes<sup>13</sup> sino que viene a hacer posible la determinación selectiva de la propia naturaleza del pensamiento científico: la ciencia es novedad. En este sentido, la noción deleuziana de “novedad” no se limita a invalidar el historicismo por la vía del cuestionamiento de la tendencia a disolver la emergencia de lo nuevo en la práctica de la reconocimiento de lo ya dado,<sup>14</sup> -una crítica que, por lo demás, tampoco es ajena a la genealogía foucaultiana-<sup>15</sup> sino que encarna, junto a las categorías de “importancia” e “interés”, el elemento central de su valoración de lo científico:<sup>16</sup> su capacidad de actuar contra el pasado, sobre el presente y a favor de un porvenir,<sup>17</sup> de manera tal que la creación termina coincidiendo con el valor –y, por ello mismo, con el propio ser- de la ciencia.<sup>18</sup>

**Problema.** Las fuentes francesas para la elaboración deleuziana de la noción de “problema” son precisas: ante todo, H. Bergson que, en su concepto de intuición, ofrece a G. Deleuze los fundamentos de un método filosófico capaz de evaluarlos en su pertinencia;<sup>19</sup> en segundo término, G. Canguilhem quién contribuye a precisar el vector polémico que dicha noción tiende a desatar al interior del dominio de los saberes y, en ese sentido, la posibilidad de elaborar un análisis de la progresión del saber absolutamente prescindente de lo teórico en tanto unidad de análisis;<sup>20</sup> en último lugar, A. Lautman quien lo conduce a concebir los problemas en términos de complejos de relaciones ideales que se actualizan en relaciones reales.<sup>21</sup> Entendida bajo esta serie de condiciones, la segunda instancia que permite dar cuenta de la singularidad de la propuesta epistemológica deleuziana dentro de la filosofía de la ciencia francesa no puede ser localizada ni en su compromiso con la valoración de los problemas en función de la cuestión de las mezclas o los mixtos, ni en su voluntad de contraponer lo problemático a lo teórico, ni en su concepción de lo problemático en términos de distribución de relaciones y singularidades sino que debe ser buscada en otro lugar: en el ejercicio de un cierto distanciamiento respecto de la propuesta bachelardiana que no sólo tiende a concebir los problemas de la ciencia en términos de obstáculo sino, ante todo, a identificar lo problemático con el negativo del pensamiento científico.<sup>22</sup> En efecto, en G. Deleuze los problemas científicos no encarnan meramente la condición negativa de la actividad creadora de la ciencia; no constituyen meramente el (pre-)supuesto de su creación;<sup>23</sup> son ellos mismos el objeto de una creación del pensamiento,<sup>24</sup> una creación que viene a resolverlos en tanto logra despejarlos progresivamente<sup>25</sup> y que, en el caso preciso del pensamiento científico, pareciera suponer tres niveles: primero, el establecimiento de límites o, lo

<sup>13</sup> FOUCAULT, M.: *La arqueología del saber*, trad. Aurelio Garzón del Camino, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2002, pp. 214-223.

<sup>14</sup> DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, p. 141.

<sup>15</sup> FOUCAULT, M.: *Nietzsche, la genealogía, la historia*, trad. José Vázquez Pérez, Valencia, Pre-Textos, 2000.

<sup>16</sup> DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, p. 84.

<sup>17</sup> DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, p. 113.

<sup>18</sup> DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, p. 12.

<sup>19</sup> DELEUZE, G.: *El bergsonismo*, trad. Luis Ferrero Carracedo, Madrid, Ediciones Cátedra, 1996, pp. 9-34.

<sup>20</sup> DELEUZE, G.: *Diferencia y repetición*, trad. María Silvia Delpy y Hugo Beccacece, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, pp. 248-249.

<sup>21</sup> *Ibid*, pp. 250-251.

<sup>22</sup> BACHELARD, G.: *La formación del espíritu científico*, trad. José Babini, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, 1972, pp. 15 y 17.

<sup>23</sup> DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, p. 36.

<sup>24</sup> *Ibid*, p. 140.

<sup>25</sup> *Ibid*, p. 22.

que es lo mismo, la necesidad de dotar de referencias al caos a condición de renunciar a sus movimientos y velocidad infinitas;<sup>26</sup> segundo, la invención de funciones, esto es, la preocupación por hacer posible la cognición de la relación entre dos o más variables sin cancelar su independencia respectiva;<sup>27</sup> por último, la elaboración de *functores* y, por ello mismo, el interés por alcanzar una cierta determinación ideal o pensable de las condiciones extensionales de las proposiciones científicas<sup>28</sup>.

**Pensamiento.** Un doble movimiento pareciera signar la constitución de la concepción francesa de la ciencia: por un lado, la comprensión del pensamiento en tanto que elemento -a la vez, condicionante y diferenciante- del conocimiento; por otro, la comprensión de la propia actividad científica en términos de actividad de pensamiento. De esta manera, la ciencia es algo que se hace pero hacer ciencia es, ante todo, pensar una manera de hacer posible algo tal como el conocimiento: se piensa el conocimiento, se piensan las condiciones del conocimiento, se piensa una manera de construir las condiciones del conocimiento. Entendida bajo esta condición, la formulación francesa de la cuestión de la especificidad de lo científico no pasa ya ni por la exclusividad de lo teórico, ni por la intencionalidad de lo técnico; reside, en cambio, en la determinación de la unidad de producción del pensamiento científico. Llegados a este punto, la tercera instancia que permite singularizar a la propuesta epistemológica deleuziana en el contexto general delimitado por la tradición francesa pareciera residir, en principio, en la plena asunción de un problema: *¿en qué sentido resulta posible sostener que, aún siendo la ciencia una actividad del pensamiento, no resulta necesario suponer que el pensar científico tiende a confundirse con otros tipos de ejercicio del pensar?* Esa y no otra es la cuestión que permite distinguir el abordaje deleuziano. Ocurre en G. Bachelard, en G. Canguilhem, en M. Foucault, en A. Lautman, en A. Badiou y en tanto otros intentos epistemológicos franceses: entendida la ciencia en términos de pensamiento conceptual, de umbrales de producción de enunciados y de visibilidades, de construcción de modelos, resulta difícil precisar el conjunto de razones inmanentes en virtud de las cuales el pensamiento científico podría ser entendido como un pensar en sí mismo distinto que ni se confunde, ni se subordina a la filosofía y el arte. Dispuesta ante esta cuestión, el rasgo que permite singularizar la propuesta deleuziana supone la radicalización del problema antes mencionado:

“Resulta obligado [...] que la filosofía, la ciencia y el arte dejen de organizarse como los niveles de una misma proyección, y que ni siquiera se diferencien a partir de una matriz común, sino que se planteen o se reconstituyan inmediatamente dentro de una independencia respectiva, una división del trabajo que suscita entre ellos relaciones de conexión.”<sup>29</sup>

El arte, la ciencia y la filosofía son actividades de pensamiento pero el pensamiento no encarna la naturaleza y la naturalidad del pensar, sino un cierto efecto al que se accede en virtud de una serie de medios heterogéneos y distintivos. De esta manera, si bien, al igual que ocurre con el arte y con la filosofía, la concepción deleuziana de la unidad de producción de la ciencia es la idea -y, más precisamente, la *caoidea*-, la idea científica (*i.e.*, el *functor*) difícilmente puede ser asimilada al concepto filosófico: la ciencia deleuziana es pensamiento pero el pensamiento de la

---

<sup>26</sup> *Ibid*, p. 46.

<sup>27</sup> *Ibid*, p. 173.

<sup>28</sup> *Ibid*, pp. 80 y 82.

<sup>29</sup> *Ibid*, p. 92.



ciencia se ejerce en función de una serie de medios y maneras que vienen a hacer imposible su confusión con el arte y con la filosofía.<sup>30</sup>

**Matematismo.** El matematismo francés expresa, en buena parte, el necesario correlato de una tradición epistemológica que pareciera, por principio, resistirse a concebir lo científico en términos primeramente discursivos o lingüísticos. En este sentido, si la ciencia es antes pensamiento que lenguaje, si la idea científica prima sobre la proposición, entonces las matemáticas -entendidas en tanto que discurso inmediatamente formalizado de la sensibilidad de la ciencia- no puede sino presentarse como un modelo de científicidad históricamente operante, aún cuando el historiador de la ciencia, a fin de interrogar el devenir efectivo de lo científico, no deba generalizar su ejemplo.<sup>31</sup> En este contexto, la cuestión del matematismo viene a residir en el planteo de la pregunta por la relación entre las matemáticas y el resto de las ciencias o, lo que es lo mismo, en la consideración de las matemáticas, no tanto en términos de herramienta aplicable al saber de la ciencia, sino como verdadera instancia pensable de la constitución de algo tal como un conocimiento científico.<sup>32</sup> Al respecto, la formulación más completa de las condiciones que hacen posible el privilegio francés del formalismo matemático por sobre el lógico, un privilegio que puede ser rastreado aún en la obra de A. Comte,<sup>33</sup> se encuentran en la obra de G. Bachelard: *el matematismo es la progresiva conciliación de las matemáticas con la experiencia*, de la aritmética inmediata a la representación geométrica y de allí hacia una suerte de topología algebraica.<sup>34</sup> Entendido en este sentido, el matematismo

<sup>30</sup> Consideradas en sus principales dimensiones, esta distinción deleuziana de los medios y las maneras de la idea supone cuatro grandes niveles: en lo que respecta al estatuto lógico de la idea, el concepto en tanto que variación, el funtor en tanto que variable y la sensación en tanto variedad (*Ibid*, p. 208); en lo que refiere a su disposición ontológica, concepto como sobrevuelo (*Ibid*, p. 210), funtor como distinción (*Ibid*, p. 216) y sensación como alejamiento (*Ibid*, p. 213); en lo relativo a su regla de formación, consistencia en el concepto (*Ibid*, p. 209), referencia en el funtor (*Ibid*, p. 82) y contracción en la sensación (*Ibid*, p. 213); por último, frente a la cuestión de la determinación de la variabilidad, inseparabilidad de los componentes en el concepto (*Ibid*, p. 128), independencia de las variables en el funtor (*Ibid*, p. 128) e irreductibilidad de la contracción en la sensación (*Ibid*, p. 214).

<sup>31</sup> FOUCAULT, M.: *La arqueología del saber*, trad. Aurelio Garzón del Camino, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2002, pp. 317-318.

<sup>32</sup> ALTHUSSER, L. *Curso de filosofía para científicos*, trad. Albert Roies, Barcelona, Planeta – De Agostini, 1985, p. 33. La posibilidad de extender al dominio de las ciencias sociales esta hipótesis que concibe las matemáticas en una relación de constitución respecto del resto de las ciencias -hipótesis que en L. Althusser no parece, en principio, afectar más que a las ciencias de la naturaleza- encuentra su más profunda confirmación en la teoría bourdiana de los campos sociales, verdadero modelo matemático de las dinámicas sociales de la lucha por el reconocimiento.

<sup>33</sup> Al respecto, se olvida rápidamente que la jerarquía comteana de las ciencias es sumamente variable y depende de una pluralidad de criterios que, a veces, promueven a cierta disciplina y, en otros momentos, a otras. Para decirlo rápidamente, la física sólo expresa la forma suprema de lo científico en tanto el criterio de jerarquización viene a coincidir con la cuestión de la efectividad metodológica. Por lo demás, cuando el criterio es la evidencia natural, la ciencia primera es la astronomía; cuando el mismo reside en la complejidad del saber elaborado, la disciplina soberana es la sociología; en último término, cuando el criterio reside en la simplicidad de las maneras del pensar, el saber dominante son las matemáticas. Como fuere, aquello que de ninguna manera puede resultar desconocido es el lugar ocupado por la lógica: mera herramienta o instrumento orientado a hacer posible no tanto la conformación del saber científico (doctrina) como las condiciones de su comunicación efectiva (método).

<sup>34</sup> BACHELARD, G.: *op. cit.*, p. 7. El matematismo bachelardiano comporta tres grados: primero, aquel que supone la conciliación de la experiencia con la aritmética y conduce hacia la elaboración de la cantidad sentida; segundo, el que pretende conciliar la experiencia con la

francés pareciera suponer la posibilidad de captar el ejercicio de la actividad formalizadora del pensamiento en una relación directa con la visibilidad y, por tanto, con anterioridad a la mediación que el lenguaje logra a ejercer sobre dicha relación. Bajo esta condición, el pensamiento científico no se presenta ya como el resultado de proyectar sobre la visibilidad una forma proposicional solidaria de una cierta primacía matemática de la aritmética, sino como una instancia que conduce a creer que pensar matemática y, por tanto, científicamente, es primero distinguir y relacionar, después figurar y configurar y, sólo en último término, contar e identificar. Matematizar el pensamiento científico no quiere decir, por tanto, someter el conocer a la forma de la aritmética sino considerarlo en tanto que fenómeno de medio, evento que se constituye a medio camino de lo visible, de lo enunciable y de la relación entre lo visible y lo enunciable. Dispuestos ante este escenario, el cuarto rasgo que permite singularizar la filosofía de la ciencia deleuziana en el marco delimitado por la tradición epistemológica francesa reside en su voluntad de aunar la totalidad de los elementos que permiten concebir las matemáticas en términos de instancia de constitución de un pensamiento científico que ya no deja escapar el elemento extra-proposicional o sub-representativo expresado en la Idea científica en tanto que diferencial,<sup>35</sup> a saber: en general, en la defensa del primado del álgebra sobre la geometría y la aritmética, mediante la valorización del problema sobre el teorema y, por ende, en la elaboración de una concepción antes problemática que demostrativa de las matemáticas,<sup>36</sup> en lo

---

geometría y hace posible la constitución de algo tal como una cantidad representada; por último, el matematismo topológico que permite la emergencia de la relación abstracta como forma del conocimiento científico. El paso del matematismo aritmético al matematismo geométrico comporta el desplazamiento desde la mera visión o constatación de lo observado hacia la explicación en tanto que intento de teorización que pretende dar cuenta de lo visto. El desplazamiento del matematismo geométrico hacia el matematismo topológico implica un segundo deslizamiento: desde la explicación hacia la generación y, por tanto, el acceso a una matematización que ya no es meramente descriptiva sino, ante todo, formativa en tanto logra dar cuenta -de manera abstracta, esto es, mediante relaciones- de la diferencia en la constitución de los fenómenos.

<sup>35</sup> DELEUZE, G.: *Diferencia y repetición*, trad. María Silvia Delpy y Hugo Beccacece, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 272.

<sup>36</sup> “Podemos entonces concebir de un nuevo modo las relaciones de las matemáticas y el hombre: no se trata ya de cuantificar ni de medir las propiedades humanas, sino de problematizar los acontecimientos humanos por una parte, y por otra, de desarrollar como acontecimientos humanos las condiciones de un problema.” DELEUZE, G.: *Lógica del sentido*, trad. Miguel Morey, Barcelona, Editorial Planeta-De Agostini, 1994, p. 74. Sea como fuere, en Deleuze, las matemáticas no contiene la totalidad de los problemas científicos. Los problemas son del pensamiento y cada problema del pensamiento “tiene su doble en un campo de pensamiento donde se expresa. Por ello, se debe decir que hay problemas matemáticos, físicos, biológicos, psíquicos, sociológicos”. (DELEUZE, G.: *Diferencia y repetición*, trad. María Silvia Delpy y Hugo Beccacece, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 273). Más aún, es la misma diferencia en los problemas o, cuanto menos, la diferencia de los órdenes de un cierto problema aquello que permite dar cuenta de la constitución de una serie de disciplinas científicas diversas: “La idea [...] problemática, es un sistema de relaciones diferenciales, un sistema de relaciones diferenciales entre elementos genéticos. [...] Otros órdenes en la Idea se encarnan en otros campos y otras expresiones que corresponden a otras ciencias.” (*Ibid.*, p. 275). Entendido en este sentido, el lugar preferencial que la epistemología deleuziana viene a otorgar a las matemáticas respecto del resto de las ciencias parecieran residir no tanto en el hecho que estas expresan su forma definitiva o, lo que es lo mismo, el verdadero modelo de realización del saber científico sino, por el contrario, en que exponen de la manera más clara a la problematización en tanto naturaleza de un devenir propiamente científico: “Más bien cada dominio generado, y en el que se encarnan las Ideas [...] de tal o cual orden, posee su propio cálculo. Las ideas siempre tienen un elemento de cuantitabilidad, de cualitabilidad, de potencialidad; procesos de determinabilidad, de determinación recíproca y de determinación

relativo a la cuestión del diagnóstico de los desarrollos, en la revitalización de la diferenciación frente a la demostración y, más profundamente, en la movilización del cálculo infinitesimal contra la axiomática;<sup>37</sup> en lo referente a la cuestión del pensamiento de la constitución de lo visible, mediante la noción de perspectiva o punto de vista y en la defensa de la primacía de la función sobre la figura;<sup>38</sup> ante el problema

---

completa; distribuciones de puntos notables y ordinarios, y cuerpos adjuntos que forman la progresión sintética de una razón suficiente. No hay en eso ninguna metáfora [...] En eso reside la aventura de las Ideas. No son las matemáticas las que se aplican a otros dominios, es la dialéctica que instaura para sus problemas, en virtud de su orden y de sus condiciones, el cálculo diferencial directo correspondiente al dominio considerado, propio del dominio considerado.” (*Ibid*, p. 276).

<sup>37</sup> La reactivación deleuziana de la contraposición entre el cálculo diferencial y la axiomática pareciera suponer tres niveles: ontológico, teórico e histórico. En lo que respecta al primer nivel, lo menos que puede decirse es que, en la apreciación deleuziana, los fundamentos ontológicos supuestos por el cálculo diferencial resultan incompatibles con la axiomática: “[A] ese nivel es idiota decir: «¡Ah! ¡Creían en lo infinito!». [...] No creían en el infinito porque la Iglesia les decía que había que creer. Cuando se hace historia mala, se presentan las cosas así [...]: «En un primer momento, descubrieron el análisis infinitesimal, pero como no eran tan inteligentes como nosotros, creyeron que era del dominio de lo infinito y lo interpretaron en términos de los infinitamente pequeño». Es lo que se llama una «concepción pre-científica del cálculo infinitesimal». Habría llegado un segundo momento, por otra parte muy tardío, en el que se habrían dado cuenta de que el análisis llamado infinitesimal no hacía referencia alguna a lo infinitamente pequeño, que debía interpretarse en términos estrictamente finitos, en términos de conjunto, En ese momento parecemos decir: «¡Bah, es fácil! Nosotros hemos superado los prejuicios del siglo XVII». [...] Cuando se presentan las cosas así no se comprende nada. Si ellos ligan el análisis infinitesimal a lo infinitamente pequeño no es porque sean idiotas o insuficientemente sabios, o porque les faltaran datos científicos que le hubieran permitido hacerlo de otro modo. Los mismos presupuestos que les permiten descubrir el cálculo infinitesimal los determinan a pensar el cálculo infinitesimal en términos de lo infinitamente pequeño” DELEUZE, G.: *En medio de Spinoza*, trad. Equipo Editorial Cactus, 2ª ed., Buenos Aires, Cactus, 2008, pp. 277-278. Al respecto, es como consecuencia de esta primera incompatibilidad que Deleuze tiende a concebir a la axiomática y el cálculo diferencial como excluyéndose mutuamente y de manera perfecta (DELEUZE, G.: *El Leibniz de Deleuze. Exasperación de la filosofía*, trad. Equipo Editorial Cactus, Buenos Aires, Editorial Cactus, 2006, p. 71). En lo referente al segundo nivel, la relación diferencial tiende a distinguirse respecto de la relación axiomática en el hecho que, si bien es formal con respecto a sus términos, resulta absolutamente concreta en lo relativo a la determinación de la diferencia respectiva entre los mismos (*Ibid*, p. 73). Por último, a nivel histórico, el proceso de axiomatización del cálculo tiende a ser concebido en términos de subordinación del segundo a una perspectiva que disuelve la parte más interesante de sus aportes: “Sucede que a fines del siglo XIX y a comienzos del XX, el cálculo diferencial o el análisis infinitesimal va a recibir un estatuto rigurosamente científico. ¿A qué precio? Se expulsa toda referencia a la idea de infinito, a la idea de límite, a la idea de tendencia al límite. [...] Quien hace esto es [...] Weierstrass. [...] Hace una axiomática del cálculo, pero ¿a qué precio? Lo transforma completamente. [...] Hay una interpretación estática, no hay ya ningún dinamismo en el cálculo diferencial. Se tiene una interpretación estática y ordinal. [...] Este hecho es muy importante porque debe mostrarnos muy bien que hay oposición entre las relaciones diferenciales y la axiomática” *Ibid*, p. 72.

<sup>38</sup> “Cuando las matemáticas toman por objeto la variación, la noción de función tiende a manifestarse, pero también la noción de objeto cambia y deviene funcional. [...] El objeto ya no se define por una forma esencial, sino que alcanza una funcionalidad pura, como declinando una familia de curvas enmarcadas por parámetros, inseparable de una serie de declinaciones posibles o de una superficie de curvatura variable que él mismo describe. [...] El nuevo estatuto del objeto ya no relaciona éste con un molde especial, es decir, con una relación forma-materia, sino con una modulación temporal que implica tanto una puesta en variación de la materia como un desarrollo continuo de la forma.” DELEUZE, G.: *El pliegue. Leibniz y el barroco*, trad.

de la individuación, a través de la noción de multiplicidad y en la promoción de la relación diferencial sobre la cantidad abstracta;<sup>39</sup> por último, en lo que respecta a la cuestión de los fundamentos de las matemáticas, en la preferencia por los “functores” y por la teoría de categorías antes que por los conjuntos, las estructuras y los algoritmos.<sup>40</sup>

**Selección.** Que la epistemología francesa funcione de manera selectiva respecto de la ciencia quiere decir algo preciso: no que se preocupa por distinguir la ciencia respecto de lo no científico, sino que se orienta a favorecer la existencia de la ciencia en desmedro de la existencia de ciertas otras modalidades que tiende a asumir el pensamiento. Entendida en este sentido, la totalidad de la epistemología francesa puede ser considerada, antes que como apología de lo científico, como una verdadera militancia de la destrucción de las bajezas del conocimiento. Dispuestos ante este quinto rasgo característico de la filosofía de la ciencia francesa, la posibilidad de exponer la singularidad de la propuesta deleuziana parece depender, una vez más, de su puesta en relación con el pensamiento de G. Bachelard. Al respecto, toda la diferencia pareciera jugarse en torno de tres cuestiones: primero, el elemento de lo científico; segundo, el lugar de lo negativo; por último, la razón de la negatividad. En efecto, en tanto el elemento deleuziano de la ciencia reside en la pura creación y no en la creación de creencia, lo contrario de la creación científica es la opinión pero la opinión no es ni el error, ni la ilusión -esto es, aquello que se presenta como sabido sin relación a la experiencia-<sup>41</sup> sino la estupidez, la banalidad, la falta de importancia. Bajo esta condición, la “no-ciencia” deleuziana no expresa un movimiento negativo del pensamiento científico sino la parte más importante de su motor, un motor cuyo combustible no es ni la negatividad, ni la contradicción, ni la oposición. La ciencia deleuziana no “conoce *en contra* de un conocimiento anterior”,<sup>42</sup> conoce en función de un desconocimiento completamente positivo, de un “no sé creador”<sup>43</sup> que permite al

---

José Vázquez y Umbelina Larraceleta, Barcelona, Paidós, 1989, pp. 29-30.

<sup>39</sup> “La cantidad en sí no es [...] separable de la diferencia de cantidad. [...] la cantidad como concepto abstracto tiende siempre, y esencialmente, a una identificación, a una igualdad de la unidad que la compone, a una anulación de la diferencia en esta unidad.” DELEUZE, G.: *Nietzsche y la filosofía*, trad. Carmen Artal, Barcelona, Editorial Anagrama, 2002, p. 65. Por lo demás, la propia relación diferencial expresa el grado más alto de independencia de la relación respecto de los términos relacionados, esto es, no ya una relación fraccionaria entre valores determinados y tampoco una relación algebraica entre valores especificables sino una relación entre puras variabilidades (DELEUZE, G.: *En medio de Spinoza*, trad. Equipo Editorial Cactus, 2ª ed., Buenos Aires, Cactus, 2008, pp. 393).

<sup>40</sup> En un escenario en que ambos filósofos privilegian manifiestamente el lugar de las matemáticas por sobre la lógica, este y no otro pareciera ser el principal punto de tensión entre la concepción deleuziana del pensamiento científico y aquella desarrollada por A. Badiou: la predilección del segundo por los modelos y por los conjuntos antes que por las categorías o, lo que es lo mismo, la concepción del modelo en tanto que principal categoría del pensamiento científico. BADIOU, A.: *El concepto de modelo. Introducción a una epistemología materialista de las matemáticas*, trad. Vera Waksman, Buenos Aires, La Bestia Equilátera, 2009. “Nos parece que la teoría de las multiplicidades no resiste la hipótesis de una multiplicidad cualquiera (hasta las matemáticas están hartas del conjuntismo).” DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, pp. 153-154.

<sup>41</sup> “La opinión *piensa* mal; no piensa; *traduce* necesidades en conocimientos.” BACHELARD, G.: *op. cit.*, p. 16.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>43</sup> DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, p. 129. Así, en la estela de *Diferencia y repetición* (pp. 111-114) que venía a asimilar el “no-” con la problemática modalidad que caracteriza la constitución del ser ante el pensar y, correlativamente, con el propio ser del problema *en* el pensamiento, la no-ciencia de *¿Qué es la filosofía?* (pp. 219-220) no tiene por objeto dar

pensamiento científico descubrirse como excediendo, de antemano, los condicionamientos del conocimiento meramente verdadero. Correlativamente, el negativo de la ciencia no coincide con el ser aún no pensado y por conocer que constituye la no-ciencia; se superpone con una cierta modalidad de aquello que resulta científicamente conocido. De esta manera, la cuestión no pasa tanto por el hecho de que la experiencia científica *contradiga* la experiencia común,<sup>44</sup> sino por precisar el conjunto de condiciones en virtud de las cuales el pensamiento científico resulta capaz de acceder a una instancia (*i.e.*, la problemática, la problematización, los problemas) en función de la cual logra producir experiencia según un modo que la opinión desconoce. Dicho más claramente, el problema para G. Deleuze no reside tanto en la azarosa ocurrencia de las tonterías del sentido común como en la organización, a gran escala, de la propia ciencia en tanto que maquinaria orientada hacia la producción de estupidez y, por ello mismo, en la emergencia de un problema que G. Bachelard no imaginó ni en la peor de sus pesadillas: en la colocación de la maquinaria científica al servicio de la promoción de la tontería, en la emergencia de cierto sentido común científico incapaz de realizar cualquier tipo de interpelación, un sentido común que se complace en orientar la maquinaria de la ciencia hacia la producción de banalidades. Bajo esta condición, la razón de la negatividad de la ciencia no reside en la experiencia común, habitual, no-científica; reside en una cierta modalidad que tiende a asumir, en general, el pensamiento y, en particular, el propio pensamiento científico: aquella en virtud de la cual el punto de realización del pensar tiende a identificarse con lo sabido antes que con eso que aún queda por crear y, por tanto, antes con una cierta sabiduría en sí misma verdadera que con una creación del pensamiento que aún valdría la pena producir. Llegados a este punto, la tranquila concepción deleuziana de la selección tiende a exponerse en toda su virulencia en tanto no aspira ya a ejercerse a nivel gnoseológico sino ontológico. Lo negativo de la ciencia no es lo otro de la ciencia (*i.e.*, la filosofía, el arte), tampoco la no-ciencia, sino algo que la ciencia debería dejar de producir: el *prospecto*, esto es, el conocimiento reducido al estado de mera información que se desentiende de la cuestión de la importancia, de la necesidad del problema y que pretende reducir el valor de lo científico a una cuestión exclusivamente referencial y veritativa. De esta manera, seleccionar no es ir contra lo ya adquirido, tampoco limitarse a preferir lo novedoso sobre lo viejo, la importancia sobre la verdad, lo problemático sobre lo informativo sino, más profundamente, asumir el efecto que se sigue de concebir a la ciencia desde un solo lado, colocarse en el estado óptico en el que no se asume como verdaderamente existente más que un solo lado de lo científico:<sup>45</sup> el lado de la creación y no el de la reconocimiento, el de la *expresión* y no el de la *representación*.

---

cuenta de la negatividad que oficia en tanto que instancia de constitución del pensamiento científico sino explicitar la necesidad de la existencia de un cierto (ser) aún no pensado que es como la verdadera condición del pensamiento de la ciencia y, bajo esa condición, la cara no-científica o pre-científica del plano científico de coordinación y referencia. En este sentido, por una parte, el no-sé no es un estado de desconfianza respecto de lo adquirido sino un emplazamiento completamente positivo que restituye la ciencia a la inocencia de su relación con la experiencia y, por otra, el no- de la ciencia es, no lo que no es, el negativo del ser, sino la propia impensabilidad del ser, el mismo caos, el ser en tanto repetición de la diferencia y, por ello mismo, la paradoja, ese algo que insiste en el ser y que, sin embargo, no puede ser (aún) ni pensado ni enunciado, aquello que en tanto es no puede ser ni reconocido ni representado (DELEUZE, G.: *En medio de Spinoza*, trad. Equipo Editorial Cactus, 2ª ed., Buenos Aires, Cactus, 2008, p. 58).

<sup>44</sup> BACHELARD, G.: *op. cit.*, p. 13.

<sup>45</sup> DELEUZE, G.: *En medio de Spinoza*, trad. Equipo Editorial Cactus, 2ª ed., Buenos Aires, Cactus, 2008, p. 316.

**Ontología.** El último punto de singularización de la propuesta deleuziana compete no tanto a la epistemología francesa considerada en su conjunto como a una de sus variantes y, más precisamente, al condicionamiento que el pensamiento bergsoniano viene a ejercer sobre la filosofía de la ciencia de G. Deleuze, a saber: que la cuestión filosófica de la ciencia depende no tanto de la pregunta por sus condiciones históricas de posibilidad -y tampoco del interés por estilizar y clarificar sus productos y sus procesos de producción- sino de la necesidad de explicitar la distinción que subyace a su manera de pensar y, bajo esa condición, de la capacidad de precisar la diferencia en su modo de acceso y tratamiento de aquello que es. En lo que respecta a este punto, la diferencia más evidente entre la ontología presupuesta por la epistemología deleuziana y la bergsoniana es que la primera posee *tres caras* y no dos: *el acontecimiento filosófico, el estado de cosas científico y el monumento artístico*. Tres caras de un mismo ser que, repetido en su diferencia, se condensa en conceptos consistentes, se desacelera en variables independientes y se contrae en sensaciones capaces de conservar sus vibraciones. Al respecto, si bien resulta posible sostener que la parte más importante de la distinción deleuziana entre la ciencia y la filosofía reside –como ocurre en H. Bergson- en la explicitación de la existencia de una doble dinámica en los procesos de actualización (*i.e.*, un filosofía que se desplaza desde lo actual a lo virtual y una ciencia que se mueve desde lo virtual hacia lo actual) primero, el actual de la ciencia no coincide con la actualidad de la conciencia ordinaria, de la opinión o del sentido común,<sup>46</sup> segundo, los dos sentidos de la actualización no constituyen dos vías de un mismo camino sino dos caminos independientes,<sup>47</sup> tercero, el ejercicio de una distinción completa entre ambos recorridos no puede realizarse sin apelar a una tercera disciplina del pensamiento (*i.e.*, el arte) que resulta capaz de poner en evidencia, por una parte, que no sólo el concepto y el functor son el objeto de una creación del pensamiento sino también la propia sensación<sup>48</sup> y, por otra, lo que es aún más importante, que sólo en la forja de la opinión y en tanto la sensación tiende a presentarse, no como producida por el pensamiento en tanto sensibilidad, sino como reproducida por la percepción, puede la propia ciencia asumir como objeto la tarea de garantizar el acuerdo entre las cosas y las ideas.<sup>49</sup> En este sentido, la remisión de la propia sensación a una disciplina del pensar que resulta capaz de presentarla como el objeto de una creación (*i.e.*, la presentación de la sensación en tanto que idea aún por crear) permite a G. Deleuze, indirectamente, liberar lo científico de su sumisión a una cierta concepción que tiende a identificarlo con un pensamiento y un conocimiento de lo actual en tanto ya hecho. Así, la remisión de lo científico a lo ontológico deja entonces de depender de su jerarquización respecto de lo filosófico: la ciencia no es ni aquello que dice a la filosofía lo que es, ni tampoco eso que aprende el ser a partir del pensamiento filosófico; la ciencia es uno de los modos, una de las modalidades en virtud de las cuales el pensamiento resulta capaz de hacer del ser algo pensable. Pasando por debajo de la alternancia entre una filosofía que piensa lo que es y una ciencia capaz de conocer al ser en sus hechos, la propuesta deleuziana se orienta así hacia la completa redistribución de la relación entre las disciplinas del pensamiento: un pensamiento filosófico que concibe un ser infinito por conceptos, un pensamiento científico que refiere un ser dinámico por funciones y un pensamiento artístico que, creando sensaciones, conserva un ser vibrátil.

---

<sup>46</sup> DELEUZE, G. y GUATTARI, F.: *op. cit.*, p. 156.

<sup>47</sup> *Ibid*, p. 157.

<sup>48</sup> *Ibid*, pp. 165 y 212.

<sup>49</sup> *Ibid*, pp. 202-203.